

PRÓLOGO

Todos los seres humanos han sentido siempre gran interés por las máquinas. Ellas muestran no solamente el adelanto de la civilización, sino que satisfacen también el afán de obtener más rendimiento del tiempo.

Una máquina trae consigo sensaciones extrañas, novedades insospechadas y realizaciones que parecían imposibles antes de ser fabricada.

Sin embargo, no hay duda de que estas máquinas constituyen en la mayoría de los casos un peligro para quien las maneja, de modo especial para los jóvenes que se entregan a ellas con irreflexiva decisión. Pero ¿quién podrá convencerlos de que rehuyan ese peligro, siendo que éste mismo les atrae con fuerza irresistible? Por otra parte, no hay que olvidar que todo el mundo desea ser comprendido por los demás; pero para la juventud actual resulta muy difícil satisfacer ese afán, pues su adaptación a los ideales caducos que le ofrece la sociedad presente no constituye ningún incentivo pro-

metedor. De ahí que busque las máquinas como el único recurso para abrir cauce a sus impulsos renovadores y que ame el torbellino de la velocidad, porque con él aspira a calmar sus inquietudes de dominio del espacio y además le proporciona el terreno apropiado para el despliegue de su personalidad.

Tal vez los adolescentes de hoy encuentran su verdadero desahogo en el contacto con las máquinas, fuente para ellos de intensas emociones, de vivo entusiasmo y gran pasión que los domina y los absorbe por completo.

ESCENA I

Estancia en una casa moderna de gente bien acomodada. Un día del mes de mayo al anochecer. Al empezar la escena aparecen RICARDO, su padre, la madre y LETICIA, la hermana.

RICARDO.—*(Con la gabardina en el brazo.)*
Ya lo he dicho mil veces. ¡No tengo por qué mentir! . . .

DON RICARDO.—¡Yo no quiero tener en mi casa un maleante! ¡Ha sido demasiado esperar algo bueno de un hijo así!

DOÑA ALMA.—¿Por qué hiciste eso, Ricardo?

DON RICARDO.—No se trata de preguntarle, sino de castigarlo. ¡Ha hecho mal y tiene que pagarlo!

LETICIA.—¡Papá!

RICARDO.—Sí, pero el salir de esta casa no será un castigo, sino una necesidad. ¡No soporto estar un minuto más aquí, en este ambiente, en esta colonia de ricos ociosos! ¡Deseo salir, cambiar y no ser como los demás! . . . ¡Necesito irme! . . . *(Todos se miran interrogándose y permanecen inmóviles un instante.)*

ESCENA II

La misma estancia. Esta escena tiene lugar meses antes de la anterior. Es por la noche y LETICIA, que está parálitica de un pie, se halla acostada en el piso, leyendo un libro.

DOÑA ALMA.—(*Entrando.*) Leticia.

LETICIA.—¿Qué, mamá?

DOÑA ALMA.—¿Quieres ver si ya llegó tu hermano, hija?

LETICIA.—¡Mmmm! (*Viendo el reloj.*) No creo mamá, son las ocho apenas y él siempre llega después de las nueve...

DOÑA ALMA.—No sé, me tiene preocupada ese Ricardo. Desde que tu papá le compró la moto no hay día que no se meta en problemas, y ni hay manera de decirle nada; es muy necio.

LETICIA.—Es muy atrabancado, mamá. Acuérdate que desde que tenía la bicicleta le gustaba echar carreras con los amigos.

DOÑA ALMA.—Tu papá no debió haberle comprado nunca esa máquina tan peligrosa; pero a mí jamás me ha hecho caso.

LETICIA.—Lo peligroso no es la moto, sino cómo la maneja. Desde que sus amigas le dijeron que no hay nada más lindo que pasear con él y tomar las curvas a sesenta por hora, se siente campeón mundial de carreras.

DOÑA ALMA.—¡Ay, Leticia, cómo exageras!

LETICIA.—Si es la verdad, mamá. ¡Debías de verlo con las escuintlas esas de la esquina! Se la pasan en la nevería oyendo rock & roll como locas con los muchachos.

DOÑA ALMA.—Leticia, no hables así de las muchachitas de la esquina, son de familia muy decente.

LETICIA.—¡Será la familia, pero lo que son ellas!... Pregúntale a la sirvienta quiénes vienen a dar lata con el timbre a cada rato...

DOÑA ALMA.—Bueno, esas son cosas de chiquillos. Yo prefiero que Ricardo ande con ellas.

LETICIA.—Qué, ¿serán también cosas de chiquillos las groserías que le dicen a Pancha cuando va por el pan? ¡Si han estado a punto de pelearse con las criadas de aquí enfrente, y no les importa que los albañiles que están haciendo el edificio de ahí junto les hablen!... ¡Ellas con tal de andar con pantalones apretados, llamando la atención, no les importa nada!

ESCENA III

Dichos y RICARDO que entra, vistiendo chamarra de cuero.

RICARDO.—Ya vine, mamá.

DOÑA ALMA.—¡Ay, hijo, me tenías preocupada!

RICARDO.—(*Saca una navaja y le limpia la tierra con su pañuelo.*) ¿Por qué, mamá? Si hoy llegué temprano.

DOÑA ALMA.—Tú sabes que me molesta mucho que andes en moto; es muy peligroso y puedes hacer una tontería.

RICARDO.—(*Guardando la navaja.*) ¡Otra vez con ese cuento!

LETICIA.—¡No le hables así a mamá!

RICARDO.—¡Quién está hablando a nadie así! . . . Tú no te metas, Leticia. Si tengo mi moto y soy feliz, a ti no te interesa, ¿sabes?

DOÑA ALMA.—Estense quietos, no se peleen tanto, ¡por Dios!

LETICIA.—¡Eres un pelado!

RICARDO.—¡Y tú una amargada que siempre estás encerrada y no eres como las demás muchachas!

LETICIA.—¡Cállate, por favor! (*Se pone a llorar y sale cojeando, haciendo visible su aparato en el pie izquierdo.*)

DOÑA ALMA.—¡Ricardo, no seas así con tu hermana! Tú bien sabes que está enferma desde niña y no puede estar todo el día de pie.

RICARDO.—¡Que no se meta en mis cosas!

DOÑA ALMA.—Yo no estoy pintada; bien podías ser más educado. Date cuenta que tu hermana es muy sentimental. ¡No parece que yo tenga un hijo, sino un extraño en esta casa! *(Sale.)*

ESCENA IV

Queda RICARDO solo. Se oyen las siguientes palabras que expresan todo lo que pasa por su mente como si él lo estuviera diciendo en voz alta.

RICARDO.—¡Un extraño! . . . *(Queda callado, camina un poco y encuentra sobre una mesa un carrito de motor. Su rostro se muestra alegre de nuevo y tomando el carrito se sienta en el piso y lo echa a andar.)* ¡Un extraño! Tal vez tengan razón . . . Pero es porque no me comprenden. Me gustaría que me vieran como soy; yo tengo mis ideas, mis cosas, mis ilusiones, aunque a ellos les parezcan fantasías. Por eso no me gusta que me aconsejen. No son ellos quienes pueden comprenderme. Cuando yo deseo desenvolverme por mí mismo con el fin de llegar a ser alguien importante y sentirme seguro, son mis padres los que primero se interponen y me recomiendan que piense y reflexione, que sea calmado . . . No se dan cuenta que yo necesito hacer las cosas en seguida de pensarlas, porque

si reflexiono y medito demasiado, pierden para mí todo interés. (*Cesa la voz, mientras RICARDO recoge el cochecito y lo examina minuciosamente entre sus manos. Luego continúa la voz.*) ¿Por qué les molesta que yo quiera ser corredor? Es un deseo que siempre he tenido. . . Me gustan los coches y las carreras. . . Si tuviera confianza en mí mismo, ya hubiera participado en muchas. Es lo único que me entusiasma; pero a mis padres no les gusta, dicen que no tiene porvenir y. . . que es muy peligroso. Para ellos es malo. Y yo pienso: ¿no es peor no tener nada en qué ocuparse? Siempre he deseado tener alguna ilusión, amanecer y de pronto pensar en algo que me tenga ocupado. Tal vez me he precipitado en formarme mis propias convicciones, pero solo el hierro, lo espectacular. . . , ¡las máquinas!. . . , pueden llenar mi espíritu. (*La escena se obscurece dejando a RICARDO que juega embobado como un niño con el carrito.*)

ESCENA V

Una nevería en una colonia elegante. Una mañana de primavera, dos meses después de la escena anterior. RICARDO y dos amigos, que acaban de salir del colegio, aparecen sentados a una mesa tomando un refresco. Hablan de motos.

GUILLERMO.—El viejo se niega siempre, y cuando le pido algo, sale mi mamá y ya no hay modo. ¡Pero ya verán, creen que todavía necesito preguntarles a ellos para correr el año que entra!...

RAFAEL.—¿Por qué no me acompañas en las tardes a practicar? Así irías conociendo las pistas.

GUILLERMO.—Yo te aviso después.

RICARDO.—¿Qué marca es tu moto?

GUILLERMO.—¿Aquella? (*Señalándola.*) Es Indian.

RAFAEL.—¡Huy, está revieja! Mejor ni te metas, vas a hacer el ridículo.

GUILLERMO.—Si no pienso correr con ésa; ya está muy deteriorada. Voy a comprar una BMW.

RICARDO.—Si no, la Triumph Boneville es de las mejores.

RAFAEL.—Tú nada más hablas porque tienes una Triumph, pero no sabes nada de motos.

RICARDO.—Mira, por favor, no te metas conmigo, no me interesa discutir ahorita.

RAFAEL.—(*Dirigiéndose a GUILLERMO.*) ¡Ve primero quién se está metiendo; nada más fíjate quién habla!

RICARDO.—¿Qué quieres decir?

GUILLERMO.—¡No, nada, ya cálmate, hombre!

RAFAEL.—(*Levantándose y mirando a RICARDO.*) Quiero decir que a mí en mi casa no me ponen la cadena y nunca ando mirando el reloj por miedo de que se me haga tarde.

RICARDO.—Pues será porque ni a reloj llegas. ¡Mientras yo pueda iré a mi casa cuando me dé la gana!

RAFAEL.—¡Sí, claro, sigue así, no te vayan a pegar!... ¡Vente, vámonos de aquí, Guillermo!

GUILLERMO.—Hasta luego, Ricardo.

RICARDO.—¡Sácate!

ESCENA VI

Llegan SILVIA y JOSEFINA, en pantalones, y se acercan a la mesa de RICARDO. RAFAEL y GUILLERMO, que ya se iban, se vuelven hacia ellas.

RAFAEL.—(*Lanza un chiflido.*) ¿Adónde van?

SILVIA.—(*Coqueteando.*) A platicar. ¿Por qué, corredor?

JOSEFINA.—¿Nos piensan disparar algo?

GUILLERMO.—¡Que va!... ¡Si están refeas!

RAFAEL.—Se creen que uno es millonario...

¡Bah! (*Se alejan muy despacio.*)

SILVIA.—¡Vente, Pepis! Vamos con la gente decente. (*Sentándose con RICARDO.*)

JOSEFINA.—Ay, Ricardito, ¿cómo estás?

RICARDO.—¿Qué hubo?

SILVIA.—Richard, fíjate que mi papá ya nos quitó el coche y dice que nos va a castigar.

RICARDO.—¿Por qué?

JOSEFINA.—¡También mi hermana es remensa!... Ayer la vieron unas tías en Reforma como loca en el coche... ¡Imagínate nomás!

SILVIA.—¡Viejas chismosas!... Todo porque no me dio la gana de saludarlas.

JOSEFINA.—Pues si las saludas te hubiera hasta pegado mi papá.

RICARDO.—¿Por qué?

SILVIA.—Es que llevaba a un amigo a dar la vuelta y tuve que meterlo debajo del tablero para que no lo vieran mis dichosas tías.

JOSEFINA.—¡Es que son capaces de pensar lo peor!...

RICARDO.—¡Hum!...

SILVIA.—Richardito, ¿puedo pedir un cherry-cooke?

JOSEFINA.—Yo un hot fosh, *please*.

RICARDO.—Pidan lo que quieran. . .

SILVIA.—¡Ay, qué bueno es Ricardo! ¿Verdad, Pepis?

JOSEFINA.—Es que su padre es gente de dinero.

SILVIA.—¿Es verdad que es influyente?

RICARDO.—Bueno, ya pidan lo que quieran, que me tengo que ir a comer.

JOSEFINA.—(*Se va corriendo a la barra.*) Esperate a que nos sirvan, Ricardo.

GUILLERMO.—(*Regresando de la calle.*) Oye, Ricardo. . . Rafael quiere demostrarte que mi moto es mejor que la tuya.

SILVIA.—¿El corredor?

RICARDO.—(*Levantándose muy molesto.*) Dile a Rafael que no me interesa y que si cree que la Indian es mejor que la Triumph, que escriba una carta a la Compañía. . . , y si quiere algo más que venga personalmente.

SILVIA.—Oye, ¿y por qué no se echan unas carreritas?

RICARDO.—¡Con un demonio! Eso es lo que no quiero. ¡No tengo que demostrarle a nadie nada!

GUILLERMO.—¡No seas miedoso! Si crees que tu moto es mejor, ¿por qué no corres?

RICARDO.—¡Lárgate de aquí!

SILVIA.—¡Ricardo!... (*Lo mira fijamente.*)

RICARDO.—¿Qué quieres, Silvia?

SILVIA.—Guillermo tiene razón. Si tú no corres, yo corro en la parrilla con Rafael. Yo no tengo miedo, aunque tú creas que esa moto sea peor. (*Se levanta.*)

JOSEFINA.—(*Llegando con los refrescos que pone sobre la mesa.*) Toma tu cherry-cooke, Silvia.

RICARDO.—(*A SILVIA.*) Eso me lo vas a cumplir ¿eh? (*Tomando a JOSEFINA, furioso.*) ¡Ven tú entonces conmigo!

JOSEFINA.—¿Adónde vamos, Silvia?

SILVIA.—Tú síguelo, que vamos a correr en moto. (*Salen todos corriendo.*)

ESCENA VII

Sala en la casa de RICARDO. Son las cinco de la tarde. Aparecen sentados don RICARDO, doña ALMA, RICARDO y LETICIA.

RICARDO.—¡Nunca había pasado nada!...

DON RICARDO.—¡Todo esto me parece una estupidez! Ustedes no saben qué clase de escándalo me pueden hacer los periodistas...

DOÑA ALMA.—¡Por favor, no lo regañes ya! Yo creo que ha sido bastante con el susto...

DON RICARDO.—A éste no le bastan los sustos, ya debía haber entendido que si le compré la moto no fue para que se paseara por todo México, ni mucho menos para que anduviera corriendo en las calles.

RICARDO.—Ya te dije cómo estuvo... Yo no tuve la culpa, ella no se agarró bien de mí, y si se cayó, más bien fue por causa de su hermana que siempre anda molestando...

DON RICARDO.—¡A mí no me interesa si ellas tienen o no la culpa, simplemente sé que se fracturó el brazo al caer de tu moto en plena carrera!

DOÑA ALMA.—Yo siempre dije que esa máquina es muy peligrosa... ¡Mil veces preferible un coche!

RICARDO.—¡Mamá!...

DON RICARDO.—Pues te quedas sin moto hasta que seas capaz de entender que te la compré para que fueras al colegio y tuvieras en qué moverte, y no para jugar arriesgando la vida de otras gentes y provocando escándalos. (*Hace ademán de irse.*)

RICARDO.—(*Levantándose.*) ¡No puedes hacerme eso! ¡Ahora menos que nunca!...

DON RICARDO.—Precisamente ahora es cuan-

do no estoy loco para dejarte la moto. Y óyeme, Ricardo: ¡no quiero más problemas! (*Sale.*)

DOÑA ALMA.—(*Mirando a RICARDO.*) Es por tu bien, Ricardo, aunque te duela. (*Sale.*)

ESCENA VIII

Quedan solamente RICARDO y LETICIA.

RICARDO.—No, si no me duele... ¡Pero yo me tengo que vengar del tipo ese que me ganó la apuesta!...

LETICIA.—Ricardo, mis papás tienen razón.

RICARDO.—Sí, tienen mucha razón... ¡demasiada! ¿Qué les puede importar si tengo problemas o si mis problemas no son como los de ellos? ¡Mientras me traten así me harán sentirme más despreciable!

LETICIA.—Te estás ahogando en un vaso de agua.

RICARDO.—¿Qué sabes tú? ¡Eres la nena consentida!... ¿Nunca te han dicho que eres insoportable?... Si no tengo moto, ya habrá quien me preste la suya. ¡Tengo que ganarle y le voy a romper la cara después!... ¡No va a vencerme y encima a burlarse de mí!

LETICIA.—(*Levantándose.*) No seas loco. Mejor dedícate a estudiar y no andes pensando

tonterías... Si te ganó, peor para él; no tiene ningún mérito correr en la calle. Además, las niñas esas se lo tenían merecido. ¡A quién se le ocurre subirse en la parrilla!...

RICARDO.—¡Tú cállate! ¡Eso es lo único que encuentro aquí, gente que sabe más que yo!...
(*Sale de prisa.*)

ESCENA IX

Unas tribunas para ver carreras de coches junto a un lago, meses después. SILVIA aparece sentada conversando con un amigo. GUILLERMO, un poco más abajo, está de pie examinando la pista.

SILVIA.—Mira, tú, quién viene ahí.

EL AMIGO.—¡Ese tipo es insoportable! No pensará correr aquí...

SILVIA.—¡Es un baboso! La carrera la va a ganar Rafael. (RICARDO se acerca a GUILLERMO y se sienta de espaldas a los otros. Prende un cigarro y empieza a fumar sin decir nada.)

GUILLERMO.—¿Qué haces, Ricardo? (*Éste sigue mirando la pista y no contesta.*) ¿Qué pasó, vas a correr aquí siempre? ¡Si yo tuviera tu Jaguar, me canso que corría!

RICARDO.—No estoy seguro.

GUILLERMO.—¿Qué dicen en tu casa tus papás?

RICARDO.—No sé, pero no pueden decir nada tampoco. Desde hace dos meses prefieren que traiga el coche, no les interesa lo que haga.

GUILLERMO.—¿Sabes que Rafael también va a correr en la categoría sport? Su papá le compró un Ferrari. Todos están ya convencidos de que será campeón. . .

RICARDO.—Tu amiguito ha estado entrenándose todo el mes, ¿no?

GUILLERMO.—Él siempre se está entrenando. No será difícil que algún día vaya a Europa a competir en alguna carrera internacional.

ESCENA X

Dichos y JOSEFINA que llega con el brazo enyesado.

JOSEFINA.—Hola, Guillermo.

RICARDO.—(*Levantándose.*) ¡Josefina!

GUILLERMO.—¿Qué dice tu brazo?

JOSEFINA.—Ya está bien. Si lo traigo enyesado es porque así le saco lo que quiero a mis papás.

RICARDO.—Qué, ¿no me guardas rencor?

JOSEFINA.—¡Ay, por qué, eso fue hace dos meses!

SILVIA.—Pepis, ven acá.

JOSEFINA.—Ya me voy muchachos. La loca de mi hermana va a correr. Adiós.

RICARDO.—Adiós.

GUILLERMO.—Qué quemada te diste con la niña esa, ¿eh?

RICARDO.—Tú sabes quién tuvo la culpa. . . ¡Ese imbécil de Rafael!

GUILLERMO.—A mí también me cae mal, ¿sabes? Pero. . .

RICARDO.—(*Cortando.*) Mientras tenga su Ferrari, dinero y sea campeón, es tu amigo, ¿no?

GUILLERMO.—Eso no. . . ¿Supiste que chocó mi moto?

RICARDO.—¿La Indian vieja?

GUILLERMO.—No, una nueva. Era BMW.

RICARDO.—Pa'amiguitos, cuate.

GUILLERMO.—Y no piensa pagarme. Además, siempre trata de ponerme en ridículo con las muchachas. . . ¡Pero no le va a durar mucho el gusto!

RICARDO.—Yo también tengo que vengarme, pero no será sino compitiendo con él hasta ganarle.

GUILLERMO.—No seas tonto. Así no le ganas nunca. Si quieres vengarte tienes que ayudarme a hacer una cosa.

RICARDO.—(*Intrigado.*) ¿Qué plan tienes?

GUILLERMO.—En serio, ¿estás dispuesto a ayudarme?

RICARDO.—Los dos tenemos un interés, ¿no?

GUILLERMO.—Está bien, entonces. Tú sabes que mañana es la carrera y todos los coches tienen que estar en la pista desde antes...

RICARDO.—¡No estarás pensando en sabotear el Ferrari!

GUILLERMO.—¡Eso es precisamente! No arriesgamos nada.

RICARDO.—Creo que entonces, mejor búscate otro.

GUILLERMO.—(*Tomándolo de la chamarra.*) ¡Vamos, hombre! Si te animas sólo tienes que echarle azúcar a la gasolina...

RICARDO.—(*Lo rechaza bruscamente y se va.*) ¡Vete al diablo!

GUILLERMO.—¡Tenías que tener miedo!

ESCENA XI

Al día siguiente en la nevería a las ocho de la noche. RAFAEL se encuentra de pie; SILVIA, JOSEFINA y un amigo, sentados.

SILVIA.—¡Qué estúpido!...

RAFAEL.—¡Todo el mes preparando la carrera para que se le ocurra echarme azúcar en el tanque de la gasolina!...

JOSEFINA.—Ricardo es un envidioso, y lo que ha hecho es un crimen.

EL AMIGO.—Yo te dije que algo andaba tramando ayer por ahí.

RAFAEL.—Pues tuvo tanto cuidado que dejó caer el azúcar en el piso.

SILVIA.—¡Eso es tanto como un asesinato! Si no te hubieras dado cuenta no estarías aquí ahorita...

EL AMIGO.—Yo estoy seguro que fue él. ¿Quién otro podría haber sido?

JOSEFINA.—Yo lo vi en la mañana con Guillermo.

RAFAEL.—¡Vete a saber!... Ése también apostó dinero en contra mía.

SILVIA.—¡Lástima que hayas tenido que dejar de correr! Era seguro que ganabas; ya ves lo que decían los periódicos.

RAFAEL.—De nada le valió. Él tampoco pudo correr; parece que sus padres no sabían nada.

EL AMIGO.—¿Por qué no avisaron a la policía?

RAFAEL.—Mi padre prefirió hablar con el suyo.

EL AMIGO.—Quizás ese es el mejor castigo. *(Todos asienten con la cabeza y se quedan callados.)*

ESCENA XII

En la casa de RICARDO. Esta escena es continuación de la primera.

DOÑA ALMA.—¡No Ricardo, por favor!...
(*Llorosa se pone delante de él.*)

DON RICARDO.—¡Más vale que se largue de una vez, no sea que me arrepienta!

RICARDO.—¡Sí, más vale que nunca te arrepientas!

LETICIA.—¡Ricardo, yo no quiero que te vayas, yo sí creo lo que dices!...

RICARDO.—¡Perdóname, Leticia! Tal vez no pudimos ser buenos hermanos, pero ahora más que nunca debo irme. ¡Creeme que me duele dejarte!... (*La abraza.*)

DOÑA ALMA.—¿Adónde vas a ir, hijito?

RICARDO.—No sé, mamá; pero te aseguro que regresaré el día que sienta que mis palabras serán creídas tan sólo por venir de quien responde por ellas.

DON RICARDO.—Si ese día llega, que lo dudo, entonces te darás cuenta y te arrepentirás de haber hecho muchas cosas. Te pondrás en mi lugar y me juzgarás. ¡Pero ahora no eres digno de permanecer más aquí!

RICARDO.—¡Nunca he sido digno!... Sin

embargo, creo que tampoco la culpa es mía...
¡Nunca he mentado... aunque ustedes no me
comprendan!...

DOÑA ALMA.—¡Ricardo!...

RICARDO.—Sí, mamá, tal vez es lo único que
pude aprender de ti.

DOÑA ALMA.—(A DON RICARDO.) ¡Perdó-
nalo!...

RICARDO.—(Mirándolos y dándose cuenta
que no lo comprenden.) ¡No es perdón lo que
pido!... (Sale precipitadamente.)

LETICIA.—¡Ricardo, escíbeme!

DOÑA ALMA.—¡Se ha ido!... ¡Mi hijo!...
(Se oye arrancar el coche, que se aleja.)

DON RICARDO.—(Se toma la cabeza.) ¡No
había otra solución!...

LETICIA.—Mamá, Ricardo no es malo, él dijo
la verdad. ¡Nunca hubiera sido capaz de hacer
eso!... ¡Nosotros nunca quisimos comprender-
lo!...

DOÑA ALMA.—¡Cómo queremos a quien nos
hace sufrir!

ESCENA XIII

Dichos y GUILLERMO que llama a la puerta.

DON RICARDO.—(Abriendo.) ¡Dígame!

GUILLERMO.—(*Cabizbajo.*) ¡Don Ricardo!...

LETICIA.—(*Interviniendo.*) Ricardo no está, Guillermo. Pero algún día volverá.

GUILLERMO.—Ya lo sé. ¡Yo... he venido a pedirles perdón!

DON RICARDO.—¿Usted?

GUILLERMO.—¡Sí, yo! Ricardo no tiene la culpa de conocerme.

DOÑA ALMA.—¡Ricardo no ha mentido!... Usted lo hizo, ¿verdad?

GUILLERMO.—¡Sí!... ¿Cómo lo ha sabido?

DOÑA ALMA.—(*Llorando.*) Me parece que acabo de aprender a leer la verdad en los ojos de los muchachos...

GUILLERMO.—¡Qué extraño! Creí que era más difícil hablar con otras gentes grandes que con mis padres. Es la primera vez que yo puedo hablar con confianza.

DON RICARDO.—¿Ha sido usted, y puede decírmelo así?

GUILLERMO.—¡Yo sólo sé que tenía que decirlo!...

LETICIA.—(*A su papá.*) ¡Tú no podrás entenderlo, papá! Tendrías que haber nacido en esta época... Cuando supe que Ricardo se iba, aprendí a verlo como mi hermano y a querer-

lo... Hace un rato sentía que se fuera; pero ahora pienso que tal vez ganamos todos con su marcha.

GUILLERMO.—Me lo encontré ahora al entrar y quise hablarle... , pero me miró con indiferencia y dijo: ¡Adiós... amigo!

(Todos se callan. La madre llora, LETICIA y GUILLERMO se miran con tristeza y DON RICARDO, aparentemente impasible, cierra poco a poco una de sus manos mostrando su amargura...)

FIN DE
«MÁQUINAS»

6

DESILUSIÓN

Cuadro romántico en once escenas y un prólogo.

PERSONAJES

PATRICIA, joven de diecisiete años.

DANIEL, pretendiente de Patricia.

LA MAMÁ.

UNA AMIGA.

SEÑOR, padre de Patricia.

ANDRÉS, novio de Patricia.

Acción en México. Época actual.

PRÓLOGO

Es mentira si dicen que los jóvenes no piensan en el objeto de las cosas.

Todos, todos sentimos siempre la necesidad de encontrar una razón de nuestra existencia. Muchas veces nos engañamos pretendiendo vivir simplemente por vivir, y otras tantas nos ilusionamos con una idea que resume el afán de nuestra vida. Pero en ambos casos, el tiempo y la verdad nos sacan de nuestro error y entonces vienen las lágrimas de la desilusión. . .

ESCENA I

Una casa moderna en Las Lomas, de gente de la mejor sociedad de México. Son las doce de la noche cuando suena una serenata en la calle. En una de las habitaciones se encuentra PATRICIA acostada, y al oír la música, se levanta y va corriendo a la ventana para mirar a quienes le llevan la serenata. Entre ellos está DANIEL, que desde hace tiempo le ronda la calle.

ESCENA II

PATRICIA, que se quedó dormida junto a la ventana escuchando la música, es despertada por su MAMÁ a la mañana siguiente.

LA MAMÁ.—¡Patricia! ¡Vamos, levántate! (Sacudiéndola.) ¿Qué haces aquí?

PATRICIA.—¿Eh? ¡Ah! Me quedé dormida.

LA MAMÁ.—¡Eso ya lo veo! Anda, levántate, Pati.

PATRICIA.—¡Mamá! Anoche me trajeron serenata.

LA MAMÁ.—¿Andrés?

PATRICIA.—No, mamá, fue Daniel.

LA MAMÁ.—¡Daniel!

PATRICIA.—(*Ilusionada.*) ¡Mm!... ¡Mm!...

LA MAMÁ.—¿Y crees que eso esté bien?

PATRICIA.—¿Por qué no? Andrés nunca me ha traído gallo.

LA MAMÁ.—Pero es tu novio. Piensa que Daniel es simplemente un conocido.

PATRICIA.—¡Pero quizá sea más que eso!...

LA MAMÁ.—¡Patricia!

PATRICIA.—¡Él es un buen muchacho, mamá!

LA MAMÁ.—Andrés también lo es, y además sus padres tienen dinero; nosotros los conocemos desde hace mucho tiempo.

PATRICIA.—¡Dinero, dinero!...

LA MAMÁ.—Hablas así porque no has tenido necesidad, hija; pero piensa que tú estás acostumbrada a cierta vida, a ciertas comodidades, y que sin dinero no las tendrías... Debes ver también qué clase de posibilidades tienen los muchachos... ¡Tú no sabes ni de quién te puedes enamorar!

PATRICIA.—¡Ay, mamá!

LA MAMÁ.—Esto es muy delicado, no puedes estar jugando con Andrés. Más vale que pienses lo que vas a hacer. No me gustaría oír que tengo una hija que juega con los muchachos. ¡Quién se atrevería luego a casarse contigo!

PATRICIA.—¡Yo no he dicho que vaya a jugar con nadie! Por eso me choca que te metas en mis cosas. Me haces verlo todo lleno de problemas, siendo tan sencillo. Total, si Andrés se enoja nada más por que me traen serenata... ¡que se vaya al diablo!

LA MAMÁ.—¡Patricia, fíjate en lo que dices! Nosotros te permitiremos que hagas lo que quieras, siempre y cuando esté bien y tengas consideración para tus propios padres.

PATRICIA.—¡Sí, ya lo sé! Muchos papás no dejan a sus hijas salir ni a la calle; me lo has dicho cien veces... ¡Pero yo soy distinta; ustedes me han permitido hacer lo que quiero... sólo que no me enseñaron a saber qué es lo que debo querer!

LA MAMÁ.—¡Vaya contigo; estás amolada! ¡Mira bien lo que haces con Andrés!

PATRICIA.—¡Lo voy a cortar!

LA MAMÁ.—(*Saliendo.*) ¡Haz lo que quieras! Pero mide bien las consecuencias...

PATRICIA.—Crees que no lo corto, ¿verdad?

LA MAMÁ.—¡Que hagas lo que quieras, te digo; estás grande ya!

PATRICIA.—(*Acercándose a la puerta.*) Pues eso voy a hacer.

ESCENA III

Un club deportivo con su piscina. Gente nadando y tomando el sol. PATRICIA entra con una amiga bastante fea y muchos se quedan mirándolas. Luego DANIEL, que se acerca en traje de baño.

AMIGA.—(*Arreglándose.*) ¡Ay! Ahí está Chacho.

PATRICIA.—¿Quién?

AMIGA.—Chacho, un muchacho que conozco.

PATRICIA.—¿Tú? ¡Qué raro!...

DANIEL.—¡Patricia!

PATRICIA.—¡Daniel!... Muchas gracias; estuvo lindo.

DANIEL.—¿Te gustó?

AMIGA.—¿Qué, tú?

PATRICIA.—Daniel me llevó gallo ayer.

AMIGA.—¿De veras?... ¿Y Andrés?

PATRICIA.—¡En su casa! ¿Por qué?

DANIEL.—(*A PATRICIA.*) ¿Quieres tomar una limonada?

PATRICIA.—Sí, cómo no.

DANIEL.—(*A las dos.*) Vamos.

AMIGA.—Yo los alcanzo luego; gracias. (*Se va.*)

DANIEL.—¿Vas a nadar?

PATRICIA.—No sé nadar.

DANIEL.—Patricia . . .

PATRICIA.—Dime.

DANIEL.—Tú sabes que me gustas . . . ¿Por qué eres así conmigo?

PATRICIA.—¿Cómo?

DANIEL.—Mira, a mí me gusta hablar claro; siempre he preferido ser así.

PATRICIA.—Haces bien.

DANIEL.—Yo no quisiera estorbarles a ustedes, ¿me entiendes? Me refiero a Andrés.

PATRICIA.—Oye, de veras, ¿por qué me llevaste serenata?

DANIEL.—Porque me gustas, Patricia. Pero quiero saber de una vez si esto es posible o no.

PATRICIA.—Tú me estás pidiendo algo que no puedo contestar todavía. Apenas te conozco, necesito tratarte. Además, tengo que saber si me quieres . . .

DANIEL.—¿Y Andrés?

PATRICIA.—¡Ya no es mi novio! . . .

DANIEL.—¿Ya no?

PATRICIA.—Desde esta mañana.

DANIEL.—¿Entonces?

PATRICIA.—Si tú me dijeras que me quieres, sería distinto.

DANIEL.—¿Es que tú crees que a nuestra edad

alguien ha sabido si verdaderamente quiere o no? ¿Lo has llegado a saber tú?

PATRICIA.—No. Por eso no quisiera jugar.

DANIEL.—Patricia, ¿quieres ser mi novia?

PATRICIA.—¡Daniel!. . . (*Se quedan mirando mutuamente y ninguno dice nada.*)

ESCENA IV

La sala en casa de PATRICIA. Ésta, recostada sobre el sofá, fuma mientras oye un disco de Mantovani. La música cesa súbitamente. Patricia se vuelve azorada y ve a su padre, que acaba de apagar el tocadiscos y la mira con enojo.

PATRICIA.—¡Papá!. . .

SEÑOR.—¡Deja ese cigarro!

PATRICIA.—(*Dejándolo.*) ¡No te enojés, Pa-pi!

SEÑOR.—¿Pero tú crees que está bien?

PATRICIA.—¿Por qué ha de estar mal? Tú fumas, mi mamá fuma, mis tías fuman. ¡Todos fuman!

SEÑOR.—¡Somos gente grande!

PATRICIA.—Yo ya soy gente grande también.

SEÑOR.—¡No seas necia! Vete a tu cuarto, no quiero hablar de esto por ahora.

PATRICIA.—Pues yo creo que si hemos de hablar de esto, debe ser ahora mismo. ¡De una

vez, sépanlo! No tengo por qué ocultarlo más... ¡Fumo desde hace mucho tiempo!

SEÑOR.—¡Patricia! ¿No tienes ya ningún respeto a nadie? Si no queremos que hagas ciertas cosas, es por ti. ¿No te das cuenta lo vulgar que se ve una jovencita fumando?

PATRICIA.—Tal como se ve mi mamá.

SEÑOR.—(*Furioso.*) ¡Patricia! ¿Qué es lo que quieres que te diga? ¿Que fumes? ¿Eso es lo que quieres?

PATRICIA.—(*Retrocede.*) ¡Papá!...

SEÑOR.—Pues si en eso estás empeñada, ¡fuma! ¡Haz lo que te dé la gana!

PATRICIA.—¡No, papá!...

SEÑOR.—Vete a tu recámara. Por lo menos no fumes en mi presencia. (*PATRICIA se queda triste y las lágrimas le asoman a los ojos. De un salto deja la sala y se va a su recámara.*)

ESCENA V

La recámara de PATRICIA, donde ella se halla escribiendo en su diario.

PATRICIA.—(*Aunque está sola habla en voz alta.*) Ya mi papá no puede quererme como antes. ¿Qué no se da cuenta que yo necesito cariño como cuando tenía cinco años y todos me

querían? Ahora no puedo dejar pasar las cosas así; tengo que corregirme para ganar la confianza de todos... Me queda aún Daniel y tendrá que ayudarme a ser feliz. (*Haciendo una pausa en la escritura.*) Dios quiera que nunca me falte su cariño; porque si eso llegara a pasar, yo... ¡me mataría! (*Cae llorando sobre su diario.*)

ESCENA VI

Una farmacia con fuente de sodas en una esquina frente a un parque. ANDRÉS y PATRICIA.

ANDRÉS.—Paty, ¿qué haces?

PATRICIA.—Nada, viene a comprar barniz para las uñas.

ANDRÉS.—Hace tiempo que no te veía, ¿qué te has hecho?

PATRICIA.—Pues... estudiar. ¿Y tú?

ANDRÉS.—Lo mismo.

PATRICIA.—¡Has cambiado mucho, Andrés!

ANDRÉS.—¡Tú has cambiado más; ya no eres la misma!

PATRICIA.—¿Y tú crees que ahora sea mejor o peor que antes?

ANDRÉS.—No sé, pero para mí no eres la misma.

PATRICIA.—Todos tenemos que cambiar.

ANDRÉS.—Sí, pero siempre para progresar y no para retroceder.

PATRICIA.—¿Qué quieres decir?

ANDRÉS.—Tú lo sabes bien.

PATRICIA.—No creo que tengas derecho a reprocharme nada...

ANDRÉS.—Ninguno...; pero tampoco creas que voy a adularte. Si me he atrevido a decirte algo, es porque me duele ver cómo pierdes el tiempo.

PATRICIA.—Si te refieres a Daniel, no tiene caso esta plática; tú sabes que somos novios.

ANDRÉS.—¿Y qué piensas hacer?

PATRICIA.—Esperar a que termine su carrera y...

ANDRÉS.—¿Su carrera? ¡Pero si él no estudia nada, ni siquiera trabaja!

PATRICIA.—¡Eso no es cierto!

ANDRÉS.—Yo lo conozco desde hace mucho; no tengo por qué mentirte.

PATRICIA.—Lo que pasa es que le tienes envidia, y más vale entonces que no sigas hablando, por favor.

ANDRÉS.—Perdona, Patricia; pero si así piensas, estás muy equivocada. Hasta luego. (*Se va. PATRICIA se queda callada y se dirige rápidamente a la sinfonola y pone un rock & roll.*)

ESCENA VII

La casa de PATRICIA. En la sala, la MAMÁ vestida con una bata, pasea muy nerviosa. Son las dos de la mañana. A través de los cristales se divisan dos siluetas besándose en la calle. De pronto se abre la puerta y entra PATRICIA.

PATRICIA.—¡Mamá! ¿Todavía no te acuestas?

LA MAMÁ.—¿Por qué llegas tan tarde?

PATRICIA.—Es que...

LA MAMÁ.—Cada vez llegas más tarde. ¡Cada vez estás peor!

PATRICIA.—¡No hago nada malo! ¿Por qué he de estar peor?

LA MAMÁ.—Qué, ¿no te importa lo que piensen los demás?

PATRICIA.—¡Nunca me ha importado!... ¡Quiero vivir mi vida y hacer lo que yo quiera, no lo que los demás crean conveniente!

LA MAMÁ.—Patricia, son las dos de la mañana. Si te di la llave de la casa, no fue para que llegues a la hora que te dé la gana, ni mucho menos para que sigas escapándote a mis espaldas. ¿No te das cuenta? ¡Soy tu madre, tengo que saber dónde estás!... ¡Debes avisarme de todo lo que haces!

PATRICIA.—Es que el tiempo se pasa tan rápido... Por eso no te llamé por teléfono; es-

tuvimos paseando en el coche y ni me acordé de llamarte.

LA MAMÁ.—¿Con Daniel?

PATRICIA.—Sí. El año entrante termina su carrera y...

LA MAMÁ.—¡Esto no debe ser un juego! Tú ya estás grande y te estás ilusionando demasiado...

PATRICIA.—¿Y qué? Dentro de un año todo será distinto.

LA MAMÁ.—¿Pero tú crees que todo es tan fácil? Ni siquiera sabemos quién es ese muchacho...

PATRICIA.—¡Yo sé quién es, y eso es suficiente!

LA MAMÁ.—(*Después de una pausa.*) Acabo de tener un disgusto con tu padre.

PATRICIA.—¿Hoy?

LA MAMÁ.—Me culpó de haberte consentido demasiado. Él dice que...

PATRICIA.—¿Y por qué he de ser yo la causa de sus pleitos?

LA MAMÁ.—¡Patricia!...

PATRICIA.—Yo no quiero sentirme culpable de sus cosas.

LA MAMÁ.—No, si la culpable soy yo. Quizás

él tiene razón, no he sabido ser madre; y ahora ¿qué puedo esperar de ti?

PATRICIA.—¿Por qué tienes que esperar nada de mí? Si me quisieran, a ustedes sólo debería importarles que fuera feliz viviendo por mí misma, y no tratar de revolverlo todo de acuerdo con sus ideas. Cada quien hace las cosas como las siente. Y no veo entonces por qué ha de estar mal.

LA MAMÁ.—(*Llorando.*) ¿Pero es que no comprendes nada? ¡Todo lo que hacemos es por ti!

PATRICIA.—Sí, ya me lo han dicho “¡la experiencia es muy importante!”... Pues bien; ya tendré yo la mía cuando sea grande, y por lo menos no culparé a nadie de mis propios pleitos.

LA MAMÁ.—¡Eres muy egoísta!

PATRICIA.—¡Bueno, mamá!...

LA MAMÁ.—Yo, por ti, he tenido un disgusto con tu padre... ¡el primero en mi vida!

PATRICIA.—¡Ay! Ya me contarás mañana, ahora tengo mucho sueño. (*Se va.*)

ESCENA VIII

La misma sala. Es de día. PATRICIA se arregla ante un espejo; su papá entra e intenta salir sin decir nada.

PATRICIA.—¡Papá!

SEÑOR.—¿Quieres dinero otra vez?

PATRICIA.—Sí, voy a salir.

SEÑOR.—¡Tómalo! ¿Vas con ese muchacho?

PATRICIA.—No, voy con unas amigas.

SEÑOR.—¡Ten mucho cuidado!

PATRICIA.—¿No te gusta que salga, papá?

SEÑOR.—Hace mucho que te dije que hicieras lo que te diera la gana.

PATRICIA.—¿Entonces me tienes confianza?

SEÑOR.—Tu madre es quien se ha encargado de tu educación. Yo tengo muchas ocupaciones; si ella está de acuerdo con que salgas y está bien, vete.

PATRICIA.—¡Qué feliz soy, papá! (*Le da un beso en la mejilla y sube corriendo.*)

ESCENA IX

Una nevería. PATRICIA y su AMIGA.

AMIGA.—¿Y sigues con él?

PATRICIA.—¡Es tan buena gente!... Aunque un poco raro, ¿sabes? Cambia mucho de humor; a veces está contento y de repente se pone insoportable... pero piensa como me gusta a mí que piensen los muchachos. ¡Tenemos tantas ilusiones!...

AMIGA.—¡A poco hasta piensan casarse!

PATRICIA.—Bueno, ahora está un poco frío; pero luego vuelve a ser el mismo. Siempre me ha dicho que el día que deje de quererme, me lo dirá, y que así lo haga yo también. . . ¡Mas eso nunca llegará!

AMIGA.—¿Lo estás esperando?

PATRICIA.—Siempre nos vemos aquí.

AMIGA.—¡Mira! (PATRICIA *se vuelve y ve a DANIEL que llega.*)

DANIEL.—¡Patricia, quiero hablar contigo!

PATRICIA.—(*Levantándose.*) Sí. (*Daniel la toma de un brazo y se van sin prestar atención a la AMIGA.*)

ESCENA X

El coche de DANIEL está parado en la calle frente a una fuente. Dentro, platican él y PATRICIA.

PATRICIA.—¡Qué grosero vienes hoy! Ni saludaste a mi amiga.

DANIEL.—Me molesta estar saludando gentes.

PATRICIA.—Pero eso no quita. . .

DANIEL.—¡Ya te dije que me molesta!

PATRICIA.—¡Vaya, todo te molesta hoy!

DANIEL.—Mira, Patricia. He notado que nuestras relaciones están tomando demasiada seriedad.

PATRICIA.—¿Por qué me dices eso? Así es como debe ser, ¿no?

DANIEL.—No podemos seguir, tú lo sabes. Yo tengo que estudiar, hacer mi vida, casarme. No debemos perder más tiempo.

PATRICIA.—(*Seria.*) ¿Y qué propones?

DANIEL.—Lo mejor será que terminemos. A mí no me gusta jugar. Además, tú no eres lo que yo esperaba.

PATRICIA.—¿Lo que tú esperabas?...

DANIEL.—Compréndeme; no es eso lo que yo he querido decir, sino que ya no puedo seguir llevando esta vida. No puedo gastar tanto dinero, ni desvelarme por ti todas las noches.

PATRICIA.—(*Secamente.*) ¡Está bien!

DANIEL.—No me guardes ningún rencor; tómalo como cosa de muchachos.

PATRICIA.—¡Llévame a mi casa!

DANIEL.—(*Echa a andar el coche y al llegar a la casa de PATRICIA, ésta se dispone a bajar.*) ¡Mira, no te hagas la ofendida; yo nunca te dije nada para que lo tomaras en serio!

PATRICIA.—(*Muy enojada, quiere salir sin decir palabra, pero él la sujeta de un brazo.*) ¿Puedo siquiera bajar?

DANIEL.—Es más, si quieres podemos volver a ser novios, pero de diferente modo... (PA-

TRICIA *intenta darle una cachetada, pero DANIEL le detiene la mano.*)

PATRICIA.—¡Suéltame!

DANIEL.—¡Ya puedes irte!... (PATRICIA se baja furiosa y él se aleja con el coche.)

ESCENA XI

La calle. PATRICIA corre tras el coche y se detiene junto a un árbol. Luego llega ANDRÉS.

PATRICIA.—(Llorando.) ¡Daniel!... ¡No! ¡Daniel!...

ANDRÉS.—¡Paty! ¿Por qué lloras? (Ella no contesta y quiere marcharse; él la sujeta.)

PATRICIA.—¡Suéltame! ¡Déjame!...

ANDRÉS.—¡Qué te pasa, cuéntame!

PATRICIA.—¡Voy a hacer una locura!...

ANDRÉS.—¿Por qué? ¿Qué tienes?

PATRICIA.—Tú no comprenderías...

ANDRÉS.—Es la primera vez que te veo llorar, ¿es por Daniel?

PATRICIA.—¡No!

ANDRÉS.—¿Entonces?

PATRICIA.—¡Sí, es por él!

ANDRÉS.—Es bueno llorar a veces, ¿sabes?

PATRICIA.—¡Ni siquiera vale la pena!... ¡Yo me quiero matar!...

ANDRÉS.—¡No digas eso!

PATRICIA.—¡Yo no sé para qué servimos las mujeres! . . . ¡Todas deseamos casarnos y tener hijos, pero ningún hombre vale la pena! . . . ¡Todo ha de ser sufrimiento!

ANTRÉS.—Tú sufres con esto, porque no has sufrido verdaderamente. Nosotros en realidad nunca sufrimos, nuestros problemas son tan pequeños . . .

PATRICIA.—Si no es la importancia que tenga lo que me hace sufrir, sino la que yo le he dado. No quiero ir a mi casa. ¿Con qué cara voy a presentarme ante todos?

ANDRÉS.—Ahora es cuando debes ir, con tu madre; nadie mejor que ella te va a comprender. Ella será para ti un amparo.

PATRICIA.—¡Yo la he hecho sufrir mucho! . . . ¡Soy muy egoísta!

ANDRÉS.—Tu madre te quiere igual, puedes estar segura.

PATRICIA.—¿Y quién me ayudará a olvidar?

ANDRÉS.—¡La vida! . . . ¡Ya ves, todo llega a tiempo, hasta la desilusión! (*Empiezan a caminar lentamente hacia la casa tomados de la mano . . .*)

FIN DE
«DESILUSIÓN»